

Myrna A. R. Dent

Editorial

Ciencia Ergo Sum, vol. 12, núm. 1, marzo-junio, 2005, pp. 4-5,
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412101>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México



EDITORIAL

Mucho se ha escrito acerca de la globalización recientemente. Pueden encontrarse libros y ensayos sobre diferentes áreas en las que influye la globalización, y en particular en este número de la revista se encuentran dos artículos referentes al tema, por lo que el presente editorial lo tratará.

Por primera vez en la historia casi toda la población mundial vive en un sistema capitalista global cuyo propósito es lograr el libre movimiento de mercancías y servicios. Por ejemplo, los mismos juguetes se venden en todas partes del mundo. Se dice que la globalización es sinónimo de crecimiento y prosperidad, pero ¿cuál es su impacto en los países en desarrollo?

Dado que la globalización es principalmente un fenómeno económico, todos los países están tratando de atraer a las compañías multinacionales para tener acceso a los beneficios que ellas representan. Una de las formas de captar las grandes inversiones es contar con una población educada y con mano de obra calificada. El objetivo de las grandes transnacionales no es ayudar a los países en desarrollo, sino tener una alta eficiencia de producción a menor costo. Si la mano de obra es de mala calidad o costosa, las empresas se trasladan a otro lugar, de ahí que muchas compañías transnacionales se encuentren hoy en China, donde hay mano de obra calificada muy barata, y además el gobierno no permite las huelgas. Por ello, China está creciendo al 8% anual, sin embargo, para mantener este crecimiento y consolidarse como potencia del siglo XXI, China está invirtiendo 1.1% de su producto interno bruto (PIB) en investigación, según los indicadores de la UNESCO, mientras que México destina 0.4%. Por lo tanto, la educación y la investigación deben considerarse prioritarias en los países en desarrollo como México: si la educación y la investigación son de calidad, podrán obtenerse los beneficios de la globalización.

Existen múltiples razones para pensar que se necesita un *macroanálisis* de la educación. Los países europeos prevén que en esta década deberá hacerse una reforma educativa globalizada. Este tipo de análisis implica que los parámetros a evaluar ya no son aquellos que corresponden a la cultura local y nacional, sino que son a nivel global. La razón final de las discusiones en el plano 'macro' reside en el hecho de que mucho de lo dicho acerca de la globalización no es descriptivo, sino normativo, pues con frecuencia se encuentran agendas ocultas detrás de estas normas. Por ejemplo, la globalización de los intereses comerciales, donde las grandes corporaciones forman alianzas para maximizar sus ganancias.

Una de las preguntas que deberíamos plantearnos es por qué los Estados Unidos invierten tanto en ciencia y tecnología. Quizá porque sus gobernantes saben que la única forma de mantenerse en la cúspide del poder global es generando conocimiento y, por lo tanto, invirtiendo en ello. Las otras naciones desarrolladas también saben que invertir en educación, así como en ciencia y tecnología, es la clave para que la globalización no los desestabilice, como les sucede a los países en desarrollo.

Según los indicadores de la UNESCO, México cuenta con 225 investigadores en ciencia y tecnología por cada millón de habitantes, de una población total de 100'456,000. Si esta información se compara con la de países como España y Corea del Sur, que en 1971 tenían indicadores más bajos que México en el rubro de ciencia y tecnología, encontramos ahora que España cuenta con 1,948 investigadores por cada millón de habitantes de una población total de 40'875,000, y que Corea del Sur tiene 2,880 investigadores por la misma cantidad de una población total de 47'142,000. Un dato todavía más interesante es que estas dos naciones gastan en educación 4.4 y 4.9% del PIB, respectivamente, mientras que

México destina 5.1%. Estos datos sugieren que el problema no es la cantidad de dinero que está invirtiéndose en educación, sino la forma en que se ejerce.

En México, el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) se considera como indicador de la actividad científica, y aunque de 1984 (cuando se formó) a la fecha se ha incrementado el número de investigadores —de 1,396 a 12,000 en la actualidad—, su proporción en los distintos niveles del SNI es la misma que tenía en 1984. Por otro lado, los medios de comunicación han estado divulgando que todas las universidades públicas son de muy baja calidad y que sólo las instituciones privadas, como la Universidad Iberoamericana, tienen un nivel educativo adecuado; pero se omite que la UNAM es la institución que realiza más de la mitad de la investigación que se hace en el país, mientras que para ninguna universidad privada esta actividad y la generación de conocimiento es prioritaria. La investigación es muy importante, porque sólo la generación de conocimiento hace fuerte a un país para enfrentar la globalización.

Buena parte del otro 50% de la investigación nacional se produce de forma incipiente en algunas universidades estatales. Por desgracia, las condiciones de trabajo son por lo general tan deficientes que pocos investigadores se arriesgan a irse a otra universidad que no sea la UNAM, lo que ocasiona un círculo vicioso. Algunas universidades han logrado progresos importantes en la calidad de la educación y en la investigación, como la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Su ex rector Jaime Valle Méndez sintetiza la fórmula que ha permitido lograr una transformación profunda en esa institución: “Mantenerse al margen de los partidos políticos, establecer el dominio del idioma inglés a niveles similares a los que exige el Tecnológico de Monterrey, contar con 70% de profesores con verdaderas maestrías y doctorados, e involucrar a 350 profesores en actividades de investigación”. Este proceder ha hecho que esa universidad sea catalogada como una de las mejores del país. Es deseable que estas medidas pudieran aplicarse en todas las universidades estatales, en donde contarán con una planta de investigadores reconocidos por su nivel académico, de manera que poco a poco se alcanzaran mejores niveles en la educación que imparten.

Por otro lado, una opinión mal fundamentada es que la educación superior debe masificarse, pero la masificación no conduce a la excelencia sino a la mediocridad; esto es, antes de aumentar la matrícula se necesita contar con una planta académica de alto nivel, capaz de generar conocimiento para cubrir las necesidades educativas de las grandes generaciones de jóvenes mexicanos, dentro de un marco de excelencia.

Por lo tanto, imaginemos (como John Lennon) que todas las universidades y los institutos de investigación estuvieran dirigidos por académicos distinguidos en sus respectivas áreas de trabajo. Imaginemos que para estos directivos su única preocupación fuera elevar el nivel académico de la institución a su cargo. Imaginemos que no existieran intereses políticos dentro de la universidad. Imaginemos que los directivos académicos no tuvieran que sacarse una foto con el gobernante en turno como una condición necesaria para asegurar los recursos presupuestales. Imaginemos que las universidades redujeran su burocracia al mínimo. Imaginemos que en el país existieran propuestas concretas de cómo mejorar el nivel académico *a largo plazo* y, mejor aún, que se llevaran a cabo. Imaginemos que la excelencia académica fuera la norma y no la excepción. Imaginemos que México creciera como España, en educación y ciencia. Imaginemos que algunas de las universidades mexicanas fueran incluidas dentro de las primeras 100 del mundo. ¿Será imposible dejar de imaginar y hacerlo realidad?